

Ocio y negocio

En las lenguas griega y latina, explica Marie-Françoise Lanfant al comienzo de su *Sociología del ocio* (1), esta última palabra, "ocio" ("otium"), tenía un sentido pleno y autónomo: correspondía a un estado, a una condición social. El "otium" sería lo positivo, y el trabajo, el "negotium", equivaldría a su privación. En plena "democracia" ateniense, el ocio es considerado como privilegio de los miembros de una determinada clase social, liberados por el "destino" de la necesidad de trabajar y capaces de dedicar todo su tiempo a las tareas más altas del espíritu. Para el esclavo, naturalmente, que es un no-hombre, es decir, lo contrario de un ser moral, el problema del ocio ni siquiera se plantea.

Más tarde, a lo largo del Medievo, el ocio estará sujeto a dispares valoraciones según los estamentos y las circunstancias. El humanismo renacentista mediterráneo reivindicará el arte hedonista de vivir en la ociosidad y el cultivo gozoso del cuerpo y el espíritu. Por el contrario, la nórdica Reforma prolongará los ataques de algunos padres de la Iglesia a la humana holganza como fuente de todos los vicios y de toda suerte de estériles agitaciones, y —a través de la corriente calvinista— sentará las bases de la moral burguesa del trabajo y la racionalidad económica.

Marx —y debo pedir perdón por estos grandes saltos— rechazará la antinomia trabajo-goce y analizará el ocio desde el punto de vista de la formación de la plusvalía y su apropiación por una clase social. La ociosidad aparece entonces como un fenómeno social e históricamente determinado a la vez que, dentro del sistema burgués, como una contradicción interna del capitalismo.

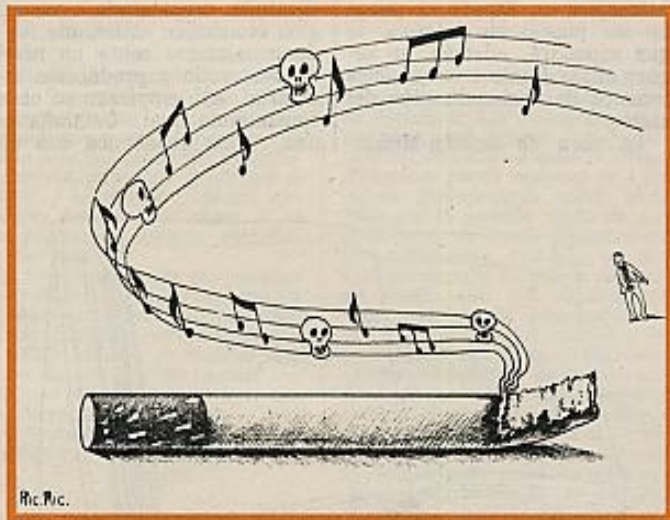
A finales del pasado siglo, exactamente en 1899, el norteamericano Thorstein Veblen tratará de demostrar, en la primera obra teórica centrada en el ocio, *The theory of Leisure Class*, el papel de "status symbol" que cumple aquél en una sociedad volcada hacia el trabajo y la acumulación. Veblen equiparará el consumo ostentatorio a que se dedica la clase ociosa, para afirmar su posición de privilegio, al "pot-latch" de ciertos pueblos primitivos.

(1) Marie-Françoise Lanfant: "Sociología del ocio". Traducción de Carmen Vilaginé. Barcelona, Ediciones Península, 1978. 275 páginas.

Con la reducción de la jornada de trabajo como consecuencia de las luchas sindicales obreras y del propio desarrollo tecnológico, el problema del ocio se ha convertido hoy en central. Todos los días se realizan nuevas encuestas sociológicas, tanto en el Este como en el Oeste, sobre el comportamiento de los individuos en su tiempo de ocio. Otra cosa, sin embargo, es la traducción de los resultados de esas encuestas en un sistema explicativo coherente. Porque aquí también juega su papel el

unos eficaces aparatos ideológicos de control cultural.

Como ha visto muy bien Lefebvre, el hombre moderno trata de construirse un mundo del ocio fuera de la cotidianidad, pero no logra salir de ésta sino superficial y falsamente; intenta compensar la insatisfacción constante de su vida real por lo que no son más que sucedáneos manipulados de felicidad. El ocio aparece así convertido en mero objeto de consumo, y la capacidad de elección individual de que nos hablan ciertos



sesgo ideológico del investigador, aunque éste se empeñe en negarlo.

A nivel teórico, en efecto, el problema está planteado *grosso modo* entre quienes como los marxistas, subordinan el análisis del ocio al del tiempo libre, inseparable del análisis del tiempo de trabajo, y quienes ven, por el contrario, en el tiempo libre una especie de totalidad abstracta y autónoma respecto del sistema de producción y de relaciones sociales en que se inserta. Según este último punto de vista, que Marie-Françoise Lanfant no duda en calificar de ideológico, en la esfera del ocio encuentran libre expresión las necesidades, los intereses, las aspiraciones y los deseos más profundos del individuo. Se trata, pues, del ámbito privilegiado donde se desarrolla plenamente la personalidad de cada cual.

Tal planteamiento no sólo equivale a meter en un mismo saco actividades totalmente dispares entre sí y cuyo único punto de contacto es su desarrollo durante el tiempo que el individuo pasa fuera de su lugar de trabajo, sino que no tiene en cuenta la manipulación de ese tiempo liberado de la esfera de la producción por toda una industria del ocio apoyada en

sociólogos no pasa de ser una más o menos hermosa y consoladora ficción. ■ JOAQUIN RABAGO.

Notas de excursión a Bizancio

Se suele hablar, refiriéndose a Luis Antonio de Villena, de un cierto y cultísimo decadentismo decimonónico, trufado de ónices y con sangre de terciopelo; la comparación es fácil, debido a la imaginería que el poeta utiliza. Sin embargo, ningún trasnochado Satán inspira su labor; más bien, si es que necesita de algún numen inspirador —y yo creo que no; que, como todo creador verdadero, Villena fía más del trabajo que de la inspiración—, y si este numen se ha de parecer algo en su morfología —cuernos y pata de cabra— a nuestro Satán, es más bien el propio Pan quien se halla detrás de las bambalinas. Contra todas las apariencias, la poesía de Villena, tan pagana, es progresiva. Lo que puede mover a despiste, y hacerle ser incluido por algún lector apre-

surado en esa pléyade de malos poetas que buscan en el oropel una manera fácil de escurrir el bulto, es que Villena ha recorrido, en su quehacer poético, un curso lejano al de los ríos que informan a otras corrientes contemporáneas y consideradas vanguardistas. En vez de seguir el saltar fiero de los encantamientos de las brujas, codificados por el romanticismo y más tarde en el surrealismo, o la corriente rota del nihilismo formal posdadaísta, Villena ha preferido otro cauce, que es el mediterráneo: el que siguió Píndaro y continuó Catulo, subterráneo luego, y goliárdico, en el Medievo, y que vemos surgir de nuevo triunfante en los barrocos franceses. Esa tendencia del "émerveillement", que tiene tanto de pasión por la Naturaleza como de controlado artificio, puede encontrarse también en los decadentistas del siglo pasado. Pero no se encuentran en Villena otros elementos, como puedan ser el Mal y el Pecado; Villena es un pagano, o más bien un agnóstico que emplea a dioses y demonios como juguetes y servidores de un decir.

"El viaje a Bizancio" (1) es el último libro de poemas publicado por Villena. Ya en el mismo título del libro hallamos datos concretos sobre su composición y su sentido: de un lado está la cita culta, casi erudita, que nos remite a otro poeta injustamente mal conocido entre nosotros: William Butler Yeats. Y también vemos el deseo de emprender el viaje iniciático, camino a una ciudad de cúpulas doradas donde habitan jóvenes eternos. Empresa comparable a la del caballero Parsifal cuando se adentra en las anfractuosidades del Venusberg. El poeta, hastiado de un mundo que no le satisface plenamente, lo abandona y parte hacia cualquier lugar. Bizancio es para él el lugar del encuentro con sus formas, con sus pasiones, con sus cuerpos...

Hay poemas en este libro, como el titulado "Clérigo vagante", que parecen traducción de vidrieras góticas y se hallan dentro de un estilo de decir casi prerrafaelista; y recuerdos de lánguidas doncellas y de monstruos muy hermosos, al estilo de Dante Gabriel Rossetti. A veces, como en Gustave Moreau, una serpiente asoma su cabeza; y el sexo, como en Klimt, se convierte en mosaico. El poeta se hace pintor en cada página de su libro, y trasciende la pintura en palabras.

El sexo, Eros no domeñado, palpita en cada verso, en cada estrofa. La serenidad de la for-

(1) Col. "Provincia", de León.

ma no oculta el frenesí; más bien lo revela. Entre blancas estatuas y setos de un parque bien cuidado, habitan sátiros. Y a ellos es a quien Villena dedica su escritura, celebrando en su libro, como el otro en su vida, un festín en compañía de panteras; el poeta dedica sus mejores trabajos a seres de la noche, y es consciente de que éstos nunca comprenderán el valor de lo que les ofrece. Y si, por un milagro, las panteras aprendiesen a leer, entonces Villena buscaría un lenguaje más críptico, más arcano, un jeroglífico que marcara más aún su radical diferencia, su distanciamiento de aquello a lo que ama.

"El viaje a Bizancio" es un libro mayor de la actual poesía en lengua castellana. No es di-

ficil, pero sí insólito; y esto porque, sin pretenderlo tal vez, enriquece el idioma y el sentido y abre un campo de placeres nuevos a quien sepa leerlo sin prejuicios de modernidad. ■ E. HARO IBARS.

Los años triunfales

Del realismo social con que se identificó a Antonio Ferrer durante la década pasada, le ha quedado acaso lo más valioso: la tendencia a contar casos y cosas concretas, y a narrarlos de una forma y con un estilo al alcance de muchos.

Lo último se logra, no obstante, sin caer en las simplifacio-

nes excesivas que, so pretexto de una literatura "para el pueblo", caían a su vez en un paternalismo craso. Logro nada pequeño, ya que lo que ha hecho el novelista aquí es superar los dos extremos entre los que viene oscilando de unos años acá el género novelesco en muchos casos. Ni aquel simplismo paternalista, ni tampoco la reacción laberíntica, la complicación gratuita que, en nombre de un elitismo que ni siquiera se reconoce como tal un gran número de veces, insistía en cerrar y en encerrar el arte.

El lector participe, aquel que con una terminología menos afortunada ("lector macho") pedía Cortázar, es el que exige también esta novela, sin por otro lado exigirle asimismo un abandono del interés en la lec-

tura como contenido y compromiso con la realidad. Tres elementos en especial favorecen este acierto novelesco: el manejo del tiempo, las posibilidades simbólicas y la confusión entre realidad y fantasía.

La novela abarca desde la guerra civil hasta la agonía y muerte de Franco. Pero lo hace de una forma zigzagueante. El segundo párrafo (página 11) anuncia el final de la guerra; poco después, el protagonista niño se ha convertido en hombre (página 13), y luego "todavía hay guerra" (página 15), nueva referencia a esa contienda civil. El patrón se prolonga a lo largo de la novela, saltándose así de la posguerra a la guerra, de la muerte de Franco a los años triunfales cuando el régimen comienza a solidarizar-

ADIOS A LAS LETRAS

Presentaciones en sociedad

El último libro que, por ahora, se presentó en sociedad en Madrid pone de vuelta y media a todos los políticos vivos y muertos. Paul Preston, historiador británico de poco más de treinta años, ha mirado hacia atrás con ideología, que es como miran los ingleses que no tienen ira, y nos ha descubierto a los españoles un trozo de la Historia que desembocó en la guerra.

Estas presentaciones son saludables. Asisten a ellas los protagonistas del pasado, y actúan como abogados defensores, o fiscales, los que protagonizan la construcción del presente. Felipe González, que pasea una lucidez verbal que nunca se sabe si le sale de las comisuras de los labios o de los intersticios del cerebro; Fernando Claudín, que esconde en sus ojos la picardía de quien lo ha visto todo y lo ha guardado como en un estuche muy pequeño; Juan Marichal, un español trasterrado que pasea entre la nieve de Harvard su sabiduría histórica, y otros seres que han sido actores principales de este universo fragmentado que se llama España, Estado español o afligida patria auroral.

Da un poco de pavor ver el abismo en el que se meten los historiadores de la actualidad reciente. Si José María Gil Robles hubiera escuchado lo que decía sobre él el historiador oxoniano Joaquín Romero Maura, hubiera



Paul Preston.

tocado hielo durante toda la presentación del libro de Preston. Romero Maura recordaba que el partido fundado por el señor Gil Robles antes de la guerra civil era "intransigente y vocingleroso", su fundador era "miope en sus análisis", "causa de un estilo muy peligroso". El nieto de Miguel Maura, que tiene voz de político moderado y conserva en su acento todo lo que la Universidad de Oxford le dio, no estuvo tampoco sobrio en lo que respecta a la actitud de la Iglesia católica anterior a la guerra civil.

La jerarquía eclesial era "ignorante", y fomentaba tal ignorancia insistiendo en la conve-

nencia de mantener los seminarios alejados de la vida cotidiana y de estudio cívico.

Felipe González, el líder del Partido Socialista Obrero Español, tomaba notas de modo frenético cuando Romero Maura le alababa el gusto y decía que no estaba mal irse despojando del marxismo para poner las cosas en su sitio. Felipe, que tiene un gran sentido del desmarque —es el Cruyff de la alternativa—, no sólo recibió el gesto con el calor que desprende su rostro andaluz y bronceado, sino que cogió el quite y se fue aún más allá, abrazando, sin lujuria, el liberalismo histórico. El suyo fue un

vals vienés que ensayó aquí para bailararlo luego en Viena, donde está en el momento de redactar estas líneas.

El sujeto de la presentación era "La destrucción de la democracia en España", el libro en el que Paul Preston hace un análisis de la reacción, reforma y revolución que se produjeron a raíz de la creación de la Segunda República española. A Felipe le dio miedo el título, pero más miedo aún le dio el tratamiento que Preston hace del PSOE. "Me siento dolido, pero asumo esta historia y me siento orgulloso de ella", dijo el dirigente socialista. Miró al tendido y repitió su orgullo como si lo estuviera oyendo Largo Caballero, apoyado en el hombro de Indalecio Prieto.

Quien le escuchaba al lado, en esta presentación en sociedad, era un Paul Preston bien trajeado y bien británico que pedía con los ojos y con los verbos menos respeto para el historiador extranjero. Con la humildad propia de su raza, el profesor Preston descolgó esta frase, ausente de todo contexto militarista: "Yo no soy un historiador anglosajón, sino que quiero ser un soldado raso en el ejército de los historiadores españoles". Se fue tan fresco, aunque antes los responsables de Turner, que fueron los editores, sirvieron una copa. Yo ya no estaba. ■ SILVESTRE CODAC.